EL OBOE



MANUEL RIOS RUIZ

Manuel Ríos Ruiz

El Oboe

(Premio Boscán 1970
y
Premio Nacional de Literatura 1972)

A Eladio Cabañero

Y aquí, entre el ojimiel de la casa, a los dos mil años de la era
de Virgilio y maravillado de existir, presiento el deleite
concebido tras la pena, acumulo los linajes incorpóreos del recuerdo,
las tildes recogidas de los días, cuanto hito escala todavía y ama
la esperanza,
los celajes de la fe.
Y me vuelvo a pregonar
o convídome, retorno a lo que soy, replanto mis raíces, destrenzo
—puro hálito—sueños como orquídeas, cardos como lilas, pongo
la palabra encima de la mesa, sencilla o audaz, condecorada,
para que el pan tenga música, loor, encanto y compañía..

II

BALBUCEA el oboe, árbol y metal, vela
o fuga, sutil atmósfera,
telaraña sonora, destilado panal, filamento, desgaire, una
voluntad oculta aventada por el soplo, origen del hombre, biblia
en pie.
Vuelve, ha regresado la oscura promisión, legítima
estética, modulada de anular a índice, quiebro al azar, esguince
de cintura frente abajo, escorzo total del alma, pelícano en vuelo,
música, sí, o piélago que crece lama a lama, desbordando abrevados
límites de un mar de ánulos, en ínclitos dominios presentidos
donde cada arpegio es amor, dolorosa sangría del espíritu,
un acicate de la inquietud turbada en el pavoroso silencio, acercando
lejanos flecos del tiempo, aquel de las estrellas, gota a gota, en donoso
fluir pétreo bajo el sol, calizo temporal, cangiloso y denso río.
Así en este caracol, en este rizo que la tarde atestigua, adagio
que se crece, y muéveme un recóndito asentir, ya columna abatida
desde el capitel a la ilusión,
como si fuera onírica
fe
esta realidad y sus lúbricos equilibrios, tantas verdades
en eclosión, quizá puro tatuaje discernido en el aire, posible
nada en velos o lírico morir, rumbo escueto, culmen elegíaco.
Y vendrán nuevos dijes, suenan sus arrobos, libélulas o anagramas
corintos, blues o letargos,
heridas y bendiciones en tumulto
sobre la más antigua llaga, rememoraciones y espejismos dóciles
a los ímpetus de la energía,

como volteretas calibradas, colisiones
del rumor y colorarlos para quien sueña,
osa
y se diluye, alerta
cada tarde, vencido coloso de su emanación, buscando una mina
por sí mismo, clavado en el alféizar, mientras el oboe se nutre
de mis íntimos volcanes para crear la magia azul de sus palomas.

III

I
Os dije que "nací del esplendor de una caricia, de un vientre
subyugado en todas sus comisuras, de una voz amable..."
También
por los poderes del destino, de su cóncava fuerza, de su halo.
Un hombre
—¿yo, tú, aquel que espiga gritos, los últimos periódicos
en humana cacería?—
es pieza de amor, sencilla coherencia, suma
y surco, veloz calendario, cabal agricultura.
Por ello palidece,
brinda, mira, o gime, se rebela o suspira, punza el porvenir
avaricioso de paz, contaminado de angustia, expuesto y expedido
su contorno para la muerte, lívido, entroncado su resuello
al ritmo
de las horas,
porque nacer implica en su designio
algo más, mucho más, que tiempo decidido por una memoria alucinada.

IV

VOLVERIA a nacer, repetiríame, oboe, contigo:
otra vez el campo,
el predio del jinete hacia poniente, las luces de los puertos
cual luciérnagas,
un sueño,
un son en cada vena, sobre pletóricas
malvas, tarajes, torviscas, quejigos y acebuches,
hondas veredas
por las que caminar único y solo,
canteras

como hundidas catedrales,
alarmas de su música, vientos y estrellas, giraldas los arroyos,
clavellinas en el corazón, en los respaldos, en las traspuestas
laderas, junto a los insólitos hincos, bajo el arco-iris adivinado,
en la realidad depuesta.
Mas no arguye su canto la calandria,
ni vuela el estornino, eres tú, oboe, monje que recita el pliego
de antífona que voló del atril hasta mi lámpara.

V

Les nacía la mañana en los carriles, eran sus cuerpos cabujones,
sombras repentinas en la yerba,
fosas
por hacer.
Y, hacia arriba,
pararrayos de la luz, tallas caminando solícitas, relieves de emoción
en el paisaje.
Volvían al barbecho uncidos a sus yuntas y manceras,
cada yugo un símbolo de amor al genio de la tierra y su tandalio.
El viento dodecafónico les erizaba el vello y crecía un fandango
al son del cencerraje, sobre el rociero perlería de las vaguadas.
Hoy los entronizo,
cuando sus nombres —Cortiña, Junquera, Pepe
E1 Manco, Pablo Mariscal, arqueños, gitanos, trebujeneros— son pabilos
de aire, secas pregañas, despavoridas figuras, desgajados frutos
de penas esforzadas de sol a sol, compañeros un día, compartiendo
el cabero de pan,
el agua del botijo,
la pura heredad de una raza.

VI

MIROME los pies
y no atisbo mis polainas, ni mis pardas
ceñideras. El morral no cuelga de mi hombre. Perdí de la mano
la chivata,
las señales de coyunda,
los rastros del chimbiri.
Pero tengo y atesoro, aún, amargura de biznaga por la sangre, nublos
de pájaros, iris de polen, atrayéndome lejanos, fijos horizontes,
una voz

o sed,
ayes preteridos, aguijones entrañados, altos redobles
de tormentas, arcaicos resplandores, confinidad de entonces,
en litigio continuo, en plenitud, como si el tiempo —cometa
entre la nube— permaneciera en el oboe, letanía, perpetua
música,
renglón azul,
rama que asoma,
vivificada en mi soledad.

VII

LA tarde,
inverna,
llueve,
acoge mis pálpitos, domeña mi reducto.
Vivo donde siempre, donde nadie existiría;
sé que tuve mocedad,
otras calendas y aventuras, romances preferidos, agitadas culpas,
bienes y reaños ante el miedo, boreales quimeras, estrépitos de amores
paralelos a la edad de mis venas, antes de esta hora —fiel acorde
del oboe— que incendio en el regazo conmovido de la tarde,
mientras el agua,
la lágrima del mundo,
escarcha cristales y cornisas,
asume humos, vahos, sustancias expelidas desde el alma, ecos quedos
de toda mi odisea.
Porque hoy, ciudad de enero, confín evaporado,
vecino del crepúsculo en hondo soliloquio, soy el hombre, el limo
que ama,
en su cabal epifanía,
las cuatro paredes, el mínimo cobijo,
el leve techo que lo ampara, la hiel del tabaco, la rítmica cabriola
de su corazón, cuanto le sostiene y emociona.
Y pirógeno terrón
en piel y adentros, imantado de ayer, unívoco y temerario, sueño
todavía con un papiro donde dejar, plantada y alerta, mi tristura.

VIII

LA melodía, archipiélago de sones, espita, célica virtud, trasmuta
presente y memoria, acontece, puebla vértices y ángulos,
soporta
los pilares del recuerdo, armoniza los gránulos del ser,
reposa
la agria levadura de los huesos y nubla en el reloj
el sucinto combustible, la finalidad del número, lo remoto y por venir.
Entonces, ahora, limbo del oboe, devónica constelación sobre pavesas,
evócome en ritornelo empeño, pulso una íntima maravilla,
una sortílega esclavitud, esa herrumbre que nos signa, partícula
intangible, para trasvasar brisas y cierzos, lindes y semáforos,
terrazas por barrancos, jarales por jardines, verdad por oropeles:
por las avenidas irán
—tránsfugas—
perfiles de la duda, nocivos
quilates, ocultas crueldades y,
también,
viejos yacimientos de la fe;
los campos estarán solos, los buitres a la espera, atisbando quietos
a los venados.
Mas un bando de alondras, ceremonioso, relingado
de ala en ala, inspírame y bendice, todo piérades, porque esta tarde
cautivo de la remembranza, es libre mi albedrío.

IX

PREDOMINA este amor en los filos hiperbólicos de la música, renacen
quimeras que fueron tallos,
envites,
sorpresas o siemprevivas emanando
advientos de los ecos.
Sé que hubo una tarde, tumulto o precipicio,
que me acercó al mar, al mágico abismo de su tuétano extendido
hasta el muz de los puentes.
Fue el violín, oboe, compañero de tu lid,
esqueje que se clava, lambrija que holla, parabién en el oído,
quien puso ola y sirena en mi espíritu, salmuera por mi cuerpo,
oh telepatía.
Y cada grito era daga, petril, delfín en salto, añiles celestiales,
fuegos en brasas, largos rincones a lo lejos, ocultas caracolas

penitentes, la gravedad inestable de la espuma, una erosión filtrada,
hendida en la garganta, explosiones de serventensios inescritos, lujos
de Dios.
Y era un hombre de cana cabeza inclinada en el sueño,
quien, entre la mejilla y el gesto, sostén de fantasía, endilgaba
tal ventura:
mar de ángeles, agua en hilos, estremecida catarata
Martínez Carmén, fuente de alisios, oh anciano artista, venerable
y encantado génesis, primer violín, oboe, en predominio de amor
al mar de la música, revelación en mí, imposible de olvido, su salud.

X

SE deslizan como ofidios los recuerdos,
y, súbitos, saltan nota a nota
de la caña: ínflanse, crepitan en catarsis, dóciles y físicos,
rondadores en las corcheas, asumiendo, píos, lástimas
y culpas, nidificando en el sueño idolátricos de sí.
Hoy son voces,
morenos decires, dejes sureños, tiritadores, por los llanos
de Caulina, los que fueron avisperos de porfías, parlamentos
de feriantes, solar de la indígena palabra, paraíso del trato,
donde lucía el postinero potro colorín, el corniveleto buey, la romera
chiva primeriza, todo utrero y todo eral, las mulas de buen tiro.
Allí vuelvo, a la tierra de las gordas palabras como nubes,
de las finas rabizas de la gracia, refranes y sentencias, razones exaltando
razas,
carnes,
pelos y señales,
cárdenas colleras,
berrendas pieles,
en apología de un reino animal medido con la vista, palpado
con amor.
Y discutía el hombre sonriendo, envuelto en pana,
jurando por su pena el brío de su reata.
Mas transfiguro el mundo,
no existe aquel resol, el prado fue atravesado de caminos, tapiaron
los pilones, arrasaron los sombrajos, edificaron angulares
palacios de la técnica.
Así, uno y otro, murieron los tratantes,
vacías las garrafas de su vino, nula la apretada firma de sus manos.
Sólo queda, en este aire o mítico regreso de la memoria en pos,

un mirlo trinando en el oboe, el dolor que no obedece, ni se calma.

XI

ACONTECEN los impulsos, gravitan, bullen, surgen de mi plaza
de silencio inexorables, son limbos, hombros sucesivos, bengalas
inextinguibles, vuelos de ser, voluntades que sacuden su victoria,
pájaros que incuban, interpretadas suertes del misterio.
Y en la tarde,
oblicua línea o pasarela de sol, potosí se hacen por el canto.
Los sigo: acaricio la
t
r
e
n
z
a de mi hija, concierto palpable de Albinoni,
porque quiero eternizar el instante, verlo recobrado y repetido,injerto
lírico, soñarlo en la palma de la mano, levantar en ella, vez
y voz, un pedestal para mi sangre, fundir el hierro de mi casta,
el tacto de mi madre por su pelo, uncir la maravilla, evocar
amando sus dobles sienes en rauda locura de hombre vivo.
Tal vez sea, creer para ver, aura y cielo la nostalgia, los dedos
que presiento entre los míos, aquellos que de niño nimbaban céreos
mi cabeza, esos que sostienen la pira de la música, la lira
o el candil, este santo linaje del cariño, cuanto beso y abrazo,
en la gloria de los siglos, hicieron posible tamaña trinidad del corazón.

XII

EL tiempo, fúlgida fontana, anilla palomas, anuda pañuelos, ensarta
agujas, echa cerrojos en los postigos, encabrita mitos, aprieta
vidas, frunce sus propios entrecejos,
porque pasa y vuelve, vuela
y anida y eriza los estertores de la tierra.
Y en el tiempo
—allá y aquí—, donde día a día el hombre se incorpora, confluye
la ilusión, salpican goteras de tristeza, revuela el incauto
colibrí de la sonrisa.
Hoy, sabiéndome camino de calvario, rueda
de esta música que gira, contemplo el templo de la tarde, bajo

su escalera de sol,
digo:
penetraré en la noche, en su parda jauría
de mastines, limpio de escozores, dispuesto a despertar y volver
al minarete, al libro donde escribo, después de cada muerte, cuanto
sé de mi vida, nombrando pájaros, deshaciendo redes hilo a hilo,
abriendo las esperanzas de las puertas, domeñando iras, poniéndole
cascabeles al recuerdo, admirando corales en la mar, aceitunas
en los olivos, los rieles que llevan el amor a los columpios.

XIII

EN qué bruñida cerámica, dónde se condimentó, poso a poso,
la filigrana, la tierna faz de este niño, su naciente voz, la mirada
que inquiere, una sonrisa así, flor del instante.
Píenso en playas
desiertas, en conchas y algas, en telares cuyas pesas rodaron,
en grietas que filtró el amor, ibérico emanar, férrea transfusión,
en chorros empapando labrantíos hacia la luz, hazas y cordilleras
con la choza al sur, al norte el hórreo, siempre la hoguera alentando
el pastoreo, su épica agraz, conjuro de estrellas, hasta el beso
o el relámpago.
Así nació, zócalo de hombre, alzada ternura, carambola
ya en la alfombra, juguete empedernido, pequeño adivino del compás,
futuro amador, interrogante o kirie, continua la aventura.
En él se uncen las formas preclaras, la gran destilación, estas
tardes difusas, otras que fueron mías a su edad.
Y acaecen las cosas
por sus manos, toman nuevos hálitos y cruces, entretejen tangentes
y céfiras celosías, abriendo venteaduras, boquetes para el sol.
Le veo crecer, criar sus gorriones, decretar su cuerpo, arpa y oboe.
No existe comparanza entre sus ratos, es todo angelería, ímpetu
y mester, nódulo a nódulo.
Ya erguido en creador, ampara y puebla
mi silencio, hácese de risa y avellano, fronda por la casa,
para lírico honor mío y ejido donde labrar el olmo de las peras fabulosas.

XIV

HAN trazado sus manos guirnaldas en el cordel, alientan en el aire,
musican su blancura lienzos, linos, servilletas o aleluyas, bullen

las últimas pompas del jabón como campanas, marimoñeras y tirantas,
medusas de nuestros cuerpos las gasas y sus espejos, el organdí
su textura, el percal, la muselina hilvanada, jilguerillos los pañuelos
de la niña, oh presas margaritas de las telas y bordadas iniciales.
Ella es; tiene el poder de la presteza, los tintes de los suelos,
los revoques del orden, la llave del perfume, la clave de la casa,
un seno
para mí
en la almohada,
las sábanas dispuestas, alisadas,
undígara y feliz en alivio de mi suerte, corza enamorada, eterna
víspera, mujer o pleamar en cuya cintura mis álamos crecieron,
estos que en esta tarde, óbolos de amor, son danzas, frunces del oboe,
clara camisa que cubre el corazón y enluce el alma, la alegría.

XV

PERSISTE el oboe,
acentúa
su rumor antropológico, descifra
estelas, piedras de buenaventura, zodíacos, calambres o cacofonías
remite, como temblores de puñal.
Son acequias que regresan zumos,
aleros derrumbados, ceniza para arte cisoria de la badila y su batuta, olor oculto,
himno prendido a mis orígenes, porque soy pistilo de la zulla, poro
de una arena donde se engendraron torsos, cadmios, bacterias
y sarcófagos, duros bronces en su edad, vasijas como dádivas, punzones
y arpilleras, hachas, hojas de hoz, alisadas, incisas, reticuladas
orzas, ánforas para caldos y mantecas, demencias de alfareros, barro
rojivinoso, corintios capiteles de pilastras, visigodas
estatuas carcomidas, romanos mármoles, probetas de hierro, cascos
griegos, ídolos sin perfil, bebederos de ánzares, pilas a cincel,
cuencos medievales, califales jarras, cúficas y mágicas escrituras
de los taifas, reliquias de una vieja y polícroma vastedad…
Crecí sobre tal hoyanca o murado cementerio, en su yedra y en su musgo
híceme obelisco, sur del sumiso sur, grito o guitarra de mi tierra,
hombre entre mi gente, fiel a su epopeya, genital culebrina de poeta,
efimero epígono de tanto llanto, de tanta calentura bajo el sol.

XVI

NO es fábula, sino ley de lo recóndito, fe en las reliquias,
algo que domina la entraña, legítima eufonía.
Y se yergue rauda,
espléndida,
virgen fausta y fustigada virgen,
ancla levada, emotiva
razón.
Siéntola ascender,
tragaluz, no, sí vidriera, faz reconquistada,
heroica y épica hermosura fraseada en el aire, titánica, sufrida
enseña,
flor,
sortilegio que hiere y dulcifica, clamor, candor puro.
A su amago acudo, entrégole mi fiesta condolido, un onírico vergel
que segarán los días.
Luego, atiendo su arrebato, pautada furia:
es una estirpe de muertos y milagros, una ósea historia bajo tierra,
engendrando árboles, abonando huertos, pastos y eriales, como surtidores
vivos, los que me llaman y arden, fósiles crucificados.
Son ellos, mi tío Manuel, sangrando todavía; Antonio, desorbitado
en Peñarroya; José, volviendo de la guerra flácido y seco, sediento
de buen vino..., cuantos nacieron a orillas de la Janda, en las lomas
de Gibalbín o Salto al Cielo, en las marismas desoladas de Asta Regia,
manijeros y artesanos, gente de besana o de chinchá, mayorales
y boyeros, quebrantadas tinajas de mi sabia, pueblo del pueblo, polvo.
Oid, les digo, a quien os reza y venera, a quien os canta en liza.
Y dadme la paz, la inocencia infusa, el santo calibre del valor.
Quedaros la serenata que se eterniza en vosotros, diáfana y triste
melopea, toná aturdida, árido jipío, la malabar elegia de mi oboe.

y XVII

SIGUE el oboe gongorizando en la gramola, juega, enjuga, vierte
y descalabra el ajedrez de su espejismo inaprensible.
Destrónase
la torre de la tarde, se desflora como bermeja dalia
desgajada, mientras reluce mi petaca nimbada a contraluz
y resucita mi sombra satinada en el papel; se torna viva
garza el lápiz, ala y vuelo del corazón y su latido, una callada
sonoridad que fulge en abanico, retina y retozo, hilván

que enrola mi oriflama: el pecho descubierto en mangas
de camisa como tributo o fanal, borbotón de fe en calofrío.
Soy
devoto de un maguismo que cautiva —desazón en vilo— y mi sien
germina en fantasía para hacer de la verdad eje y égida
cuita soñadora de los visos de la muerte, arenga, gozo
o sahumerio que al aire alza su voz en sementera.
Y ya rezuma un rostro velado por la música, prima donna que agita
y aduerme la carne y su crisol.
El poeta elige, entre sus párpados,
un silencio de cal, el vino y su rubí, aquel rumbo perdido
que nunca olvidará, una rosa en su atávico afán
de primavera, la paz que mañana librará su batalla
en los campos de amor que cercan y ondulan la memoria.